

## HISTORIA DE LOS PRIMEROS VISITANTES A LAS COSTAS BRASILEÑAS

Ser el plato principal de un banquete indígena, no era el único destino que les esperaba a los viajeros que se aventuraban a desembarcar en el litoral sureste del Brasil. Si el viajante conseguía vencer a los indios tupinambás que no estaban incluidos entre los adversarios tradicionales -que iba desde los portugueses y españoles a otras tribus rivales, como, por ejemplo, la de los tupis-, recibía de los indios una calurosa recepción.

La ferocidad que demostraban los nativos con sus enemigos se equiparaban a las honras que hacían a los visitantes. Estas honras y homenajes no eran siempre bien comprendidos por los desconfiados visitantes. Como, por ejemplo, el hábito de compartir con los convidados sus más preciados manjares: Los cuerpos de los enemigos muertos en combate. Jean de Léry, miembro de una expedición francesa que llegó al Brasil para fundar la Francia Antártica, cuenta el susto que llevó al ser homenajeado con un curioso plato. Sin entenderse con su anfitrión en el que apenas si se comunicaba con gestos y sonidos, Léry se vió de pronto entre las manos con un pie humano, asado, humeante atemperado con aromáticas hierbas; más tarde supo que se trataba del pie de uno de sus enemigos. Naturalmente que esto le ocasionó un gran temor, un mal estar, pues pensó que tal oferta representaba una señal, una amenaza y que después posiblemente tendría un destino similar. Un interprete indio lo calmó, diciéndole que se trataba simplemente de un gesto de gratitud por su visita y que nada les pasaría mientras estuvieran entre ellos.

Fueron otras las ocasiones en que Jean Léry y sus hombre se llevaron sustos y

pasaron miedo con el modo extraño que los indios querían demostrar su cariño. Pero más tarde pudieron comprobar la hospitalidad auténtica de esos selvícolas. Por ejemplo, cuando estaban arañados y llenos de espinas no perdían el tiempo; y les traían agua fresca, les lavaban los pies y las piernas mandaban a las mujeres hacer tortas de raíces, les daban frutas tropicales abundantes, carnes de caza y peces frescos.

Otra curiosidad de esta hospitalidad eran las mujeres que lloraban para recibirlos y agasajarlos; era la forma de expresar la alegría de recibir a un visitante.

La generosidad de estos indios era tanta cuanto la naturaleza les permitía. Y las cosas que más apreciaban y agradecían ellos eran las que recibían de los cristianos; casi siempre cosas de poco valor, como espejos, láminas y otras quincallerías; pero los productos locales, o sea, la caza, la pesca o la fruta ellos lo ofrecían con gran desprendimiento. Esta generosidad y hospitalidad no se ceñía simplemente a la aldea, sino que comprendía también a otras tribus, aunque siempre con la excepción de sus enemigos tradicionales. Apenas llegaba un visitante, le

ofrecían sus casas, además de una joven para su servicio, y, luego las mujeres de la aldea se sentaban alrededor llorando y gritando en señal de alegría.

Esta hospitalidad general les permitía viajar muchas leguas, por agua y por tierra, siempre encontrando abrigo y comida entre los indígenas de distintas tribus, y lo que es más importante les preguntaban si necesitaban las cosas que poseían.

Naturalmente, estos relatos datan del siglo XVI, cuando el indio desconocía prácticamente al hombre blanco. Hoy estas tribus aunque existen, están abandonadas por el hombre civilizado, pues fueron saqueados disminuidos, y adquirieron los hábitos, enfermedades y vicios de la civilización, aun practican el nudismo, conservan su lengua y costumbres, y muchos de ellos se aventuraron a emigrar a las ciudades. Pero aquí han recibido el tratamiento opuesto al que ellos prodigaban a sus visitantes. Es fácil encontrar ahora a estos pobres indios en las carreteras vendiendo arcos y flechas a turistas, o en las calles alcoholizados y pobres.

RAMON F. CORDOBA.

**P**ulimanca  
Limpiezas

**ISIDRO ALAÑON MARTIN-GIL**  
PULIDOS Y ABRILLANTADOS - LIMPIEZAS EN GENERAL

D. Tiburcio, 35 - Telf. 85 33 49

13250 DAIMIEL (C. Real)